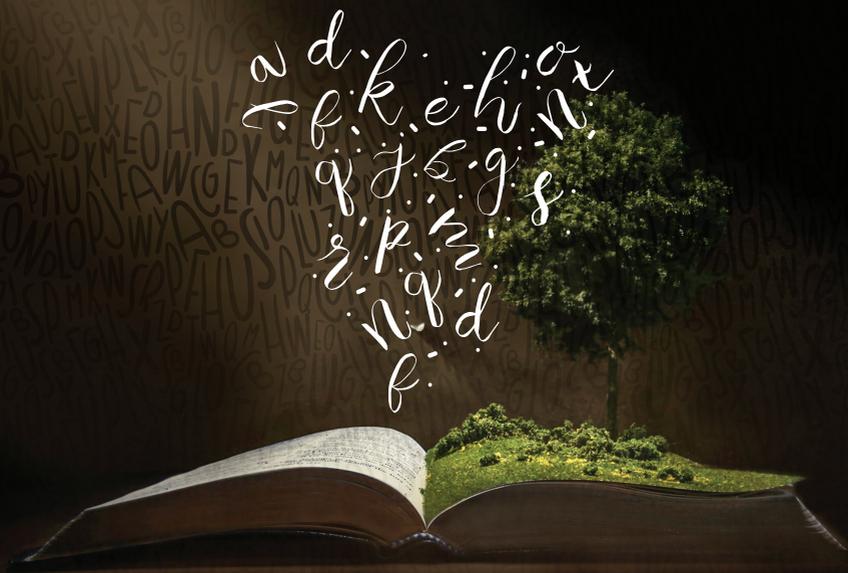


HABITAR LOS LIBROS 2023

Grupo de Médicos Escritores

Selección de textos de los talleres presencial y virtual de escritura 2023



Asociación de Médicos Municipales
de la Ciudad de Buenos Aires

Habitar los libros

Grupo de Médicos Escritores

Selección de textos de los talleres presencial y virtual de escritura 2023

Habitar los libros

Grupo de Médicos Escritores

Buenos Aires, diciembre de 2023

© Asociación de Médicos Municipales de la Ciudad de Buenos Aires

Junín 1440, CABA. CP: 1113. Tel. 011 4806-1011

www.medmun.org.ar

Índice

| | |
|---------------------------|----|
| Prólogo..... | 5 |
| Martina Bargo..... | 8 |
| Patricia B. Carrera | 9 |
| Amalia Chambo..... | 12 |
| Marina Dimópulos..... | 13 |
| Mabel Furusho..... | 15 |
| Nora Kamanecky | 16 |
| Eduardo Marchioni..... | 17 |
| Graciela Ostrovsky | 19 |
| Edith Oxilia | 20 |
| Ricardo Picasso | 22 |
| Guillermo Ramos..... | 24 |
| Silvia Rudoy | 28 |
| Domingo Santucho | 33 |
| Diana Soriano | 34 |
| Susana Tanco | 36 |
| Paula Tejada | 38 |
| Verónica Torres | 42 |
| Blanca Vacas | 46 |
| Eduardo Valenti | 47 |
| Cecilia Vanzetti..... | 49 |
| Luisa Zapivilevich | 53 |



PRÓLOGO

Palabras previas

Una vez más, con mucho gusto, compongo la tarea de preparar y prologar esta antología del Taller de Médicos Municipales. Este año volvimos a la presencialidad, en la hermosa casa del médico jubilado, pero mantuvimos la alternativa de la modalidad virtual. Se conformaron dos grupos, en el caso del virtual, empezó siendo muy numeroso y con el transcurso de los meses, fue haciéndose hacia un núcleo más manejable. Al grupo histórico presencial (con el que ya venimos trabajando hace casi 20 años), se sumaron algunas caras nuevas.

Con diferencia de una semana entre reunión y reunión, el desafío fue no repetirme, a la hora de diseñar consignas y lecturas. Algunos valientes sin embargo, quisieron participar de ambas instancias. Comenzamos en abril y la verdad es que leímos mucho y trabajamos en variadas opciones. Creo que lo más rescatable de volver a hacer el taller presencial es la posibilidad de encontrarnos y conversar, sobre literatura, pero también sobre otros temas de interés y seguir construyendo desde lo afectivo. Sin embargo, destaco en ambas modalidades, la escucha atenta, el comentario acertado y enriquecedor de los compañeros y compañeras. En el taller virtual son casi todos nuevos talleristas, salvo un par que se sumaron de años anteriores, algunos con experiencias previas y otros no, así que en algunos casos, tuvieron grandes desafíos.

Cuando hago la revisión me doy cuenta del variado y complejo recorrido lector, que paso a enumerar: Mario Levrero, Julio Cortázar, Juan Rulfo, Ursula Buzio y su microcuento “Escabeche de berenjenas”, Fabián Casas, Stephen Dixon, Alejo Carpentier, Samanta Schweblin, Mary Oliver, Silvi-



na Ocampo, José Saramago, Ian Mc Ewan, Claire Keegan, Rubem Fonseca, Jorge Luis Borges; es mucho y muy diverso y todo este camino abre una puerta de acceso a un universo de buena literatura.

Las consignas propusieron desafíos a veces vinculados con el acertijo, con la estrategia de adecuación y otras con apelar a todos los recursos que ignoramos, ese patrimonio oculto e inconsciente. La idea es llevar la creatividad a un extremo donde hallar en el lenguaje, la extrañeza, lo no razonado y ahí entonces es que aparece ‘la voz propia’, la de lo ‘no pensado’, aquello que emerge porque está guardado en algún lugar del inconsciente y quiere ver la luz de la hoja, del cursor del documento digital.

Lo intentamos y estas son algunas propuestas del recorrido: trabajar con la animalidad, o sea, las atribuciones que los humanos asignamos a lo animal; con personajes cuyas conductas salen de la ‘norma’; con el cambio de perspectiva, la restricción de la focalización; narración en reversa; objetos que se transforman en poderosos (y a veces siniestros) sujetos; cartas poéticas; definiciones de palabras raras, que nos permitieron ingresar en el lenguaje extrañado, esa zona ajena que a veces produce efecto humorístico, pero otras cierta inquietud; maratón de escritura con múltiples consignas. En síntesis, escribimos, corregimos, exploramos, nos reímos y también nos emocionamos.

Retomo algunas ideas iniciales de algunos de los nuevos talleristas. Alguien sostuvo, “El espacio se crea” y es cierto, porque así construimos espacios (presenciales o virtuales) una comunidad lectora, escritora, que reflexiona y comparte lo que escribe. Otra idea que apareció a principio del taller es esta de “escribir en serio”, “mejorar la escritura” o “escribir fuera del ámbito académico y científico”, que yo transformaría en ‘permitirnos usar el lenguaje para explorarlo y escribir en serio, mejor, pero en broma también’; tomar conciencia de que la potencia de la palabra, el universo de



sentidos que la literatura produce no tiene límites. Otra idea que reviso: la posibilidad de ‘transmitir aquello que se quiere decir’ y yo agregaría, ‘decir, escribir para otorgar múltiples sentidos al lenguaje’. Porque la literatura no siempre requiere claridad, a veces es oscura, se multiplica, pero sí nos permite reparar en la belleza de la palabra.

Espero haber podido transmitir mi entusiasmo por la escritura, pero también por la lectura, ya que si alguien se acerca a buscar la palabra como vehículo, como elemento artístico, hay que tener mucha delicadeza en cómo se contagia ese amor por esta tarea. Tampoco olvidar que estos espacios son de ayuda, sostén y desahogo, para enfrentar lo que muchas veces, en el mundo desespera. Un paréntesis para transformar en algo bello, el dolor, el trauma, las situaciones complejas.

Mis agradecimientos a la comisión de Cultura de la AMM, a Judith Weiss que nos acompañó en este trayecto y a quienes diseñaron e hicieron posible la edición de esta antología anual. Espero que la disfruten tanto como todos los que la confeccionamos.

Andrea Delfini

Coordinadora del Taller Literario de la AMM



“No nos libramos de una cosa evitándola sino atravesándola”

Siempre decía lo mismo, lo dijo tantas veces que hasta él mismo estaba convencido de que lo repetía una y otra vez. Frases célebres, pomposas y hasta un poco ridículas.

Los demás pensaban que no era necesario que las repitiera, no creían que tuviera que convencerlos. Por otro lado, el solo hecho de ser abuelo no implicaba sabiduría, por supuesto que sus buenas intenciones nunca estuvieron en duda.

Pero si había alguien pesado, ese era el abuelo; a sus nietos les gustaba jugar a ese juego. Él sentado, por supuesto con su pipa encendida, dando cátedra, era casi tierno. Ellos siempre poniendo cara de interés. Y él repitiendo la misma frase “no nos libramos de una cosa evitándola sino atravesándola”. Nunca entraba en detalles. Solo dijo una palabra, como al pasar, ‘guerra’. Y el juego terminó.

En realidad, nadie quería jugar y mucho menos el abuelo. No había mucho tiempo, y no era lo mejor callar, cerrar la boca, ocultar. Sus experiencias, sus dolores, sus miedos tenían que servir para algo, o al menos ese era su anhelo. Estaba decidido a hablar con sus nietos.

Esta vez, la frase cobró otro sentido: “No nos libramos de una cosa evitándola sino atravesándola”. El juego terminó, la guerra empezó de nuevo.

Martina Bargo



Vecino

Vivía enfrente de mi casa de niña. Se lo veía poco pero cuando eso pasaba, estaba acodado en la puerta de madera pintada de verde inglés como el cerco de entrada de su chalet prolijo y para nada lujoso.

En la cuadra lo llamaban “el alemán” yo creo que sin saber si en realidad lo era, sino más bien por su aspecto. Era un tipo alto, magro, de cara filosa y nariz prominente, de cabello rubio siempre bien peinado, pero a mí me llamaban la atención sus ojos. De color celeste aguado rodeados de ojeras, miraba a lo lejos, hacia un lado y al otro, como esperando a alguien o algo, con una expresión que – la verdad no puedo explicar por qué- me hacía pensar que tenía miedo. O desconfianza.

La señora solía arreglar el jardincito de la entrada, pero jamás ponía una flor. Solo había césped y un arbolito pequeño entre las dos ventanas.

Cuando se lo veía, tenía casi siempre la misma ropa: un saco de trabajo de dril de color beige, debajo una camisa blanca con el cuello desabrochado y una gorra de visera marrón si era invierno. No puedo afirmar cómo eran los pantalones o qué calzaba porque yo siempre volvía a los ojos. Al detalle de esos ojos.

No saludó ni habló nunca con nadie, ni siquiera con el almacenero de al lado donde su señora compraba algo de vez en cuando. Tampoco lo vimos recibir a alguien en su casa.

De chica, me daba un poco de temor esa figura estática, mirando el horizonte, que jamás respondió a mi saludo. A veces, pegaba un golpecito en la madera de la puerta y se metía en el pasillo por el que se entraba a la casa. Otras, sacaba alguna carta del buzón.



Cuando salíamos a jugar si estaba él, bajábamos la voz no sé por qué. Teníamos especial cuidado en que no se nos colgara una pelota en su jardín porque una vez pasó y llamamos y tocamos el timbre, pero no salió nadie, aunque nos dimos cuenta de que nos miraba por entre las maderas de una persiana. Nos quedamos sin ganas de jugar esa tarde, aunque al día siguiente apareció la pelota a la hora de los juegos, apoyada en uno de los pilares del frente de la casa; no volvimos a jugar en su vereda. Demostró consideración, pero también entendimos que no quería ser como la abuela de Ricardito, que nos retaba con una sonrisa.

El tiempo fue pasando, pero él jamás hizo nada diferente.

Ya a mis catorce años, un día apareció en mi casa una carta que no era para nosotros. Era para el chalet del alemán por la dirección. Dirigida a un tal Kurt Friedman. Parecía un documento oficial... o algo así. Digo, no tenía aspecto de carta de familia.

Decidí que iba a ir yo a entregársela. Y así lo hice. Casi no logro respuesta alguna hasta que se me ocurrió agitar el sobre en alto para que viera - porque yo sabía que me estaba mirando - que solamente quería entregarle eso. Entonces salió con paso un poco vacilante -ya tenía sus años- agarró la carta y por primera vez, me miró a los ojos diciendo "danke" con voz algo temblorosa. Todavía recuerdo la tristeza de esa mirada y también que no me dejó explicarle nada. Tomó el sobre y se metió adentro.

Recién entonces, observé que la casita estaba hecha por un arquitecto. Se leía sobre el frente, debajo del alero en letras de metal: Arq. Klaus Maurer. No son comunes las casas con firma, pensé. Volví a casa distraída con el hecho de no haber notado jamás ese detalle. Con el tiempo aprendí que son incontables los detalles que se nos pasan por alto y que suelen tener



significados que solamente entendemos más tarde y a veces nunca. Pero desde aquel día, comenzó a responder a mi saludo.

En mi segundo año de secundaria comencé a interesarme por la segunda guerra mundial y supe del martirio de los campos de concentración y de la presencia de criminales de guerra nazis en Argentina. Los detalles que tal vez jamás conocería sobre la vida de mi vecino, volvieron a ocupar mi atención. No dejé de saludarlo cada vez que lo vi.

Patricia B. Carrera



Comienzo

Lunes. Orden al extravío de anoche y del champagne. El festejo se durmió. Esta mañana el sol y la brisa fresca invitan a mi manso desayuno a una quietud bondadosa.

Sentada entre el jardín de las palmeras, escucho sus largos penachos. Bailan ellos, dan la sombra que siento en mí y comienzo la mañana.

Amalia Chambo



Aurelia

Aurelia se despierta y se levanta con esfuerzo de la cama a media mañana con la cabeza todavía abombada de los somníferos.

Con paso lento, inseguro, arrastrando un poco los pies, llega con ayuda de un bastón al tocador, donde tiene su vaso de agua preparado desde la noche anterior. Toma su medicación de todas las mañanas, levanta el mentón y traga con breves sacudidas de la cabeza de un lado a otro. Una mañana más.

Mira como al pasar las dos fotos que tiene delante del espejo: la de su hijo que falleció hace varios años y la de su hija, que le prometió venir esta tarde. Hace una semana que Aurelia la está esperando y ella le demora su visita con excusas.

La casa está oscura, la persiana apenas levantada deja entrever la poca y única luz exterior que se filtra. Los muebles, viejos como ella, reflejan el desgaste y el desorden de su habitación. Ropa tirada sobre una silla, servilletas de papel usadas y descartadas sobre cualquier superficie, papeles de caramelos, cremas diversas, anteojos sin utilidad y hasta medicamentos de diferentes colores esparcidos por el piso y muebles.

En la cocina se prepara un té y lo lleva a la sala; prende la televisión y se sienta en su sillón a mirarla sin prestar atención, los ojos fijos sin rumbo. La taza evidencia un temblor en sus manos. Otro día más que pasar. Todos iguales.

Un par de horas más tarde busca algo que comer entre los restos de una heladera vacía pero no tiene hambre.



Vuelve al sillón y se sienta como acurrucada. La televisión sigue prendida, pero ella no la escucha; siguen pasando las imágenes y las horas.

Tarde, años después, entra por fin su hija a la casa. Tiene llave propia. Se acerca para saludar a su madre con un beso y esta se sobresalta, se había quedado dormida. Es en ese momento, sin pensar, en un instante, que Aurelia se incorpora bruscamente y reacciona sacando su lengua bífida y la pica.

Sin recobrase del todo, todavía perpleja, mira a su hija.

¡Uh, pasó otra vez!, se dice a sí misma.

Ahora me quedé sola.

Marina Dimópulos



A mi nieta,

No quiero que estés triste, no llores, todo llega a su tiempo, cuando menos lo esperes, Dios encenderá la llama del amor en tu corazón.

Te agradezco, mi cielito, por traerme de tu viaje a Perú, cuando fuiste de vacaciones, tantos recuerdos. No conozco Cuzco y lo imagino una ciudad que conserva lo que los incas construyeron y a ese regalo, lo pondré en la vitrina. Con la piedrita del lago Titicaca, mandé a hacer un anillo, su color verde azulado me hace pensar en el lago, que debe tener esa tonalidad.

De tu paso por Humahuaca, me trajiste unas semillas, algunas las planté en una maceta del balcón, entre unas margaritas y el malvón, le da el sol por la mañana y las riego todas las tardes. Otras semillas las llevaré a Del Viso para plantarlas directamente en tierra.

Por eso, no estés triste, como las semillas, todo llega a su tiempo.

Mabel Furusho



Juan

Juan se retorció en la cama; pensaba que habían sido las berenjenas; las había comido tan rápido, le gustaban tanto...

Además, tenía un hambre atroz después de su jornada de trabajo. Su vientre no paraba de dolerle cada vez más, tenía la boca seca y con sabor amargo. Le latían las sienes y sus músculos estaban duros, como paralizados.

Su vista comenzó a nublarse, y ya casi no podía pensar en culparse por haber comido a las apuradas, sus berenjenas preferidas. Cada vez más lejos de la realidad y con un dolor punzante en el abdomen quería llamar a la Matilde para que lo ayudase y agradecerle las berenjenas que le había cocinado.

Sabía que le hacía la vida imposible a esa pobre mujer; muchas peleas, violencia, agresión. No tenía derecho a tratarla así. El dolor aumentaba, quiso levantarse, pero no pudo.

Entonces se arrastró por el piso echando saliva y baba a su alrededor hacia la habitación de Matilde; la encontró colgada de una soga, inerte con su cabeza inclinada hacia un costado.

Juan no podía creer lo que estaba viendo, mientras se desvanecía en un último estertor.

Nora Kamenecky



El pibe inquieto

Eran dos, subieron por ahí de Flores, cerca de Carabobo; uno era más grande y llevaba del brazo, bien sujeto al que era más chico, probablemente hermanos, pensé. Yo los miraba por el espejo, mientras conducía el tranvía, sin distraerme sobre todo en los cruces donde abunda el chisperío.

El tranvía venía medio lleno y los pibes no pudieron sentarse juntos, el mayor dejó al menor en el medio del coche, junto a una señora que estaba en el lugar de la ventanilla, el otro tuvo que ir a sentarse más adelante y desde ahí vigilaba constantemente al otro, dándose vuelta con mucha frecuencia, a veces más de una vez por cada cuadra pasada.

El más chico era inquieto, no dejaba de mover sus piernitas y venía agarrado de la manija del asiento con sus dos manitos, la señora a su lado ni lo miraba.

El negro Rodríguez, el guarda, se acercó al pibe más chico y con esa desagradable costumbre que tiene de golpear la máquina de boletos con una moneda como forma de apurar al pasajero a pagar; el pibe ni se dio de que quería cobrarle y el otro que estaba sentado más adelante lo llamó: "Señor señor, yo pago los dos boletos, ya voy" y corrió hacia el guarda que lo miraba sin ninguna expresión. Pagó y regresó a su asiento.

Al rato, la señora del asiento de la ventanilla parecía que iba a bajarse, levantando una canasta que iba a sus pies y el más grande ante la posibilidad, miraba para atrás con insistencia. Cuando se levantó, el pibe corrió pero se encontró con otra señora en el pasillo, que estando de espaldas no lo dejaba pasar, él se apuró, la empujó y llegó a tiempo para agarrar al inquieto y permitir el paso de la otra señora. Al fin, se sentaron juntos, el pibe mayor tenía una cara de, por fin lo controló, fiuuu. Por supuesto, ahora tenía



que fijarse que el otro no abriera la ventanilla, ya estaba arrodillado en el asiento, con las manos en el vidrio pero no lo golpeaba, solo se apoyaba, mientras el otro pasaba disimuladamente la mano por detrás y sujetaba la ventanilla por el marco.

Más tarde subió el inspector y les pidió los boletos para picar, el pibe los recibió y se dio vuelta de nuevo. Luego de unas cuadras se bajaron en Plaza de Mayo, el más chico salió corriendo y espantó un grupo de palomas para obligarlas a volar.

Eduardo Marchioni



El collar de perlas

Siempre le gustaron las perlas, solía admirarlas y diría venerarlas, hasta a las muñecas les hacía collares con piedritas y las pintaba de gris para que parecieran verdaderas joyas.

Creo que ese cumpleaños fue el más feliz de su vida, ya había visto el collar en la vidriera de la joyería de la calle Libertad. Se paraba y quedaba mirándolo embelesada, por eso fue señor inspector, que decidimos regalárselo para sus dieciocho, era una ocasión especial.

Siempre fue tranquila, tímida, sonriente, pero desde que se puso su collar de perlas parecía invadida por una seguridad nueva, incluso contestataria se volvió, no se lo sacaba para nada, relucían esas perlas grises y negras, hasta parecía que se fundían en su cuello. Y ahí comenzaron los cambios, como le dije, señor inspector, se la veía más segura, luego comenzó a aislarse de nosotros, salía nos miraba raro, sí, raro no sé cómo explicar, y le juro que parecía que el collar se incrustaba más en esos momentos, como si cobrara vida y fuera parte de su cuerpo, no un accesorio.

La verdad, me molestaba su cambio, su arrogancia y fue por eso que le pedí que me lo prestara (antes nos prestábamos todo) pero su reacción señor... Por poco me mata, grito y grito como si fuera a robarla, y a partir de ahí empeoro todo, no salía de su habitación, ni siquiera para comer y así la encontramos, como usted la ve.

El collar, señor inspector, se lo sacamos; no, todavía no lo usé, mañana tengo una fiesta; ya pasó un año, veremos cómo me queda, total ya no lo necesita y a mí también me gustan las perlas.

Graciela Ostrovsky



Un cuento de atrás para adelante

Berenjenas

Hilo de sangre.

Espuma gris en la boca.

El frío glacial del alma.

Huir a toda costa.

¿Ser descubierta?

No.

Ya había caído en una trampa.

Reírse como loca.

Ricor de multitudes especiales,

las que gustan de lo amargo avinagrado.

Frascos de conservas.

Observar todo como cosas empantanadas en el ocaso.

Adoptar una actitud predispuesta.

Ser la circunstancia.

Toparse con el momento preciso.

Salir despreocupado.

No tener idea de nada.

Amargo y calentito.

Tomar mate como cada mañana.

Se dibuja una sonrisa.

Estirarse como el último día.

Con gran ruido.



Separarse las lagañas y bostezar.
Los gallineros se desperezan y sacuden.
Ruidos del comienzo del día.
Grillos que entonan un concierto.
Croar de sapos.
Silencio último de la noche.

Edith Oxilia



Extraños seres

Estoy aquí desde hace millones de años. No yo, mi especie. Es el corazón de África. Mis ancestros recorrían en grandes manadas la selva y las estepas, vivían a sus anchas, había alimento de sobra por doquier. Todos los días cazaban. La búsqueda de comida era también una diversión, un deporte, y cada trofeo, un manjar. Cuando la manada quedaba saciada, les permitían acercarse a otros animales que merodeaban a prudente distancia esperando la autorización para compartir el banquete. Los ríos y los lagos parecían esperarlos para saciar la sed y jugar a sus anchas. La verde frondosidad, tan abundante en otros tiempos, los resguardaba de los calurosos días cobijando su descanso. Eran grupos numerosos, eran reyes al tope de la pirámide zoológica, sin ningún otro animal o ser que lo pudiera desplazar.

Pero llegó un período en que todo comenzó a cambiar. Fue hace unos pocos miles de años. Aparecieron con piedras, palos y lanzas. Más recientemente, con armas de fuego. Y nos dispararon a mansalva. Después aprendieron a destruir otras partes de la naturaleza. Los bosques se talaron, se construyeron caminos y viviendas. Estos seres se multiplicaban y ocupaban cada vez más espacios. Los leones fuimos quedando rodeados de rutas asesinas y poblaciones que desplazaron nuestro hábitat hacia espacios cada vez más reducidos. Algunos fueron encerrados en zoológicos o llevados a los circos, otros, con mejor suerte, fueron a parar a reservas algo más cómodas, pero ya nada fue igual. Hoy no podemos disfrutar de aquellas travesías que hacían nuestros abuelos, andando alegremente por las enormes estepas, chapaleando en los ríos y disfrutando de la vida en libertad. Ese peligroso animal nos desplazó y se transformó en el mayor depredador. Y no sólo eliminó animales salvajes, también comenzó con la destrucción de los recursos vitales del planeta.



Por eso, todos los leones, los pocos que quedamos en el mundo, les rogamos a estos extraños seres que reflexionen, que protejan a las especies en peligro de extinción, que recuperen la selva, que cuiden los mares y la atmósfera, pero que lo hagan pronto, antes de que sea demasiado tarde.

Ricardo Picasso



Los botines del Diez

El Mencho había ido a una Feria Americana en Flores para comprar un saco de segunda mano, pues lo habían convencido de que debía lucir más formal en las reuniones sociales. Luego de dar varias vueltas por el local, quedó prendado con un par de botines negros. Previendo una severa interpelación por parte de su novia, los revisó con cuidado buscando alguna buena razón para no llevarlos, pero concluyó que eran perfectos; el saco podía esperar. Es que los viejos botines estaban muy gastados, no aptos para su inminente debut en primera. Decidido, encaró el mostrador con los calzados en mano para concretar la compra. Mientras esperaba, una mujer joven de aspecto desalineado y mirada extraviada, se le abalanzó y empezó a tironear de los mismos mientras exclamaba “¡Son los botines del Diez!... ¡No los puede llevar!” Un empleado de exuberante musculatura y escasa paciencia, la fue arreando hacia la salida sin más explicación que un imperativo “Por favor, retírese”. Ella se resistía y miraba al Mencho con horror mientras balbuceaba: “No los lleve, son peligrosos”. “Está desequilibrada”, acotó el empleado de regreso luego de expulsarla del local.

El sábado siguiente, su equipo, General Lamadrid, jugaba contra Deportivo Español. El Mencho lo miraba desde el banco de suplentes como era habitual y todo hacía suponer que no estrenaría los botines en esta oportunidad. Encima, faltando diez minutos, llegó el tercer gol rival, lo que dispó todo tipo de esperanza. El técnico se recostó en el banco de suplentes, hundido en su abultada campera y con intención de no despertar de esa pesadilla hasta el silbato final. Pero el partido todavía reservaba algunas sorpresas. En una jugada desafortunada, el cinco de Lamadrid quedó tendido en el césped con un intenso dolor en la rodilla que le impedía incorporarse. Uno de los compañeros que rodeaban al caído hacía ampulosos gestos al técnico indicándole la necesidad de una sustitución.



El técnico, con un gesto austero y desganado, le indicó al Mencho que entrara. A esa altura le daba lo mismo que entrara el Mencho o un paquete de yerba, por lo que no se dignó a darle indicación alguna. El partido estaba cocinado, a los rivales no les interesaba arriesgar su físico para incrementar la ventaja y el equipo del Mencho no tenía tiempo ni capacidad de dar vuelta el resultado, por lo que la pelota circulaba de manera displicente de un lado al otro. Pero en un momento, en la mitad de la cancha y de espalda al arco rival interceptó el esférico el Mencho y ganó la posición con inusitada energía. Luego de dominarla, dio un giro desairando a dos rivales, y corrió zigzagueando de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, eludiendo a otros adversarios cual si fueran conos en un entrenamiento. Un codazo espabiló al técnico de su modorra. Fue producto del salto de uno de los suplentes deslumbrado por la jugada. La sorpresa era mayor por el hecho de que el Mencho no solía ser capaz de eludir conos de entrenamiento a esa velocidad; ¡estaba endiablado! Cuando llegó al área, el arquero ya había salido a acortar distancia tirándose de rodillas con el cuerpo erguido y los brazos extendidos en cruz. En tan corta distancia, no había posibilidades de que un remate pudiera llegar al arco: le habían cerrado el camino. El Mencho sin disminuir la velocidad, envolvió la pelota con los dos pies para elevarla sobre su espalda. La pelota se alzó dando una increíble parábola que superó al arquero y cayó a centímetros de la línea de gol, donde el joven debutante, con un toque sutil, la acarició para empujarla contra la red. Todos los jugadores estaban paralizados, incrédulos, anonadados. El Mencho giró a la derecha desentendido de la pelota que mansamente iba a encontrar reposo dentro del arco y corrió hasta el banderín del corner para gritar el gol de su debut, con un elegante salto de puño extendido. A los pocos segundos, empezaron a reaccionar los jugadores de ambos equipos y los pocos hinchas, como si alguien hubiera despausado la escena. Se acercaron a él aplaudiendo, luego lo palmearon y algunos lo abrazaron e incluso lo alzaron. El referí sonó el silbato con frenesí, infinidad de veces, dando



por finalizado el partido, aunque todavía faltaba un minuto (ya no tenía sentido continuar) y fue corriendo también para felicitarlo.

Esa noche el Mencho no pudo conciliar el sueño. A la mañana siguiente, fue a la plaza con una pelota para revivir las jugadas del día anterior, pero las piernas estaban pesadas, torpes. “¿Sería el cansancio?”, pensó. Luego recordó el episodio con la mujer desquiciada “Los botines del Diez. ¿A quién se referiría?”. Volvió a su casa para buscar los botines. Para su sorpresa las piernas volvieron a ser ágiles y livianas con los botines puestos. No volvería a jugar sin ellos. En los partidos siguientes, continuó jugando en nivel superlativo, no solo había ganado la titularidad en el equipo sino que su fama había trascendido las fronteras de Villa Devoto. Espectadores de toda el área Metropolitana empezaron a llenar la cancha del ignoto club de barrio cuya capacidad fue rápidamente superada por la demanda. Debieron entonces ejercer la localía primero en la cancha de All Boys y luego en la de Vélez Sarsfield. En poco tiempo, tuvo infinidad de ofrecimientos: recibió propuestas de los mejores clubes de primera e incluso de algunos clubes europeos. Con los botines puestos no tenía techo.

Al poco tiempo descubrió que la magia de los botines excedía el verde césped, por lo que los usaba todo el tiempo, con lo que lograba destacarse, tanto dentro como fuera de la cancha (el mejor bailarín, el más seductor, el más ingenioso, el más divertido); su vida había tomado un ritmo vertiginoso... Ya no tenía tiempo para su novia, su familia, ni sus amigos. Y no podía parar, tenía que estar en movimiento permanente, vivía extasiado. Correr, correr y correr. La respiración jadeante, el latido en la sien marcando un ritmo frenético, la visión borrosa, la boca empastada, el ensordecedor murmullo de multitudes invadiendo su soledad y la fuerte presunción del abismo gélido y lúgubre en el horizonte. Sabía que debía parar, pero siguió corriendo.



Meses más tarde, brillando en el escaparate de un negocio de Flores en la calle Avellaneda, y bajo la atenta mirada de un joven bonaerense, llena de deseo, ilusión y ansiedad, esperaban radiantes, “los botines del Diez”.

Guillermo E Ramos



Temor de niños

Desde antes de las fiestas de fin de año mi mamá llamó a Mar del Plata. Habló con Olinda, la gerenta del hotel, para reservar en febrero. Que cuánto le iba a cobrar. Que si la habitación iba a ser grande, con baño privado. Que a qué hora calculábamos llegar. Fue oír esa conversación y no dejar de pensar en ese viaje, el mismo que habíamos hecho otros años.

El hotel Aladino estaba en la calle Buenos Aires, muy cerca de la Bristol y de la plaza con calesita de la avenida Colón. Los dueños, la familia Di Nobile, nos atendían muy bien, como viejos amigos que los visitaban; recibían de igual modo a otras familias con chicos. Había un comedor donde no se podía entrar fuera de los horarios que ponían en un cartelito en la puerta. Tenía mejor comida que en casa y con platos infantiles. Uno podía elegir entre varios platos de un menú. Todos eran ricos. Yo tenía ganas de leerlo para saber qué había para comer, ya que lo cambiaban todos los días. Era sopa, carne o pescado, pasta y postre.

Fuimos para Carnaval como siempre, un hervidero de gente se amontonaba en la playa y al volver, la calesita. También se podía ir a Miramar, pero a mi mamá le gustaba más Mar del Plata.

Se volvía de la playa para almorzar; pero después de hacer la digestión, nos decía mi mamá: en unas horitas, otra vez la playa. La gente tomaba mate pero nosotros no, directamente a jugar en la arena con el balde, la palita y los moldes. Después, si no hacía mucho frío, entrábamos al mar para sacarnos un poco la arena de encima. Al volver al hotel era hora de bañarse, una buena ducha para sacarse toda esa mezcla de arena y sales que nos ponía como milanesas. Había un solo baño, primero lo usábamos los niños, para que después los grandes se duchasen tranquilos mientras nosotros, ya vestidos, bajábamos al hall del hotel a buscar chicos para jugar.



Pero el hall del hotel era aburrido para nosotros. Cuando nos juntábamos con otros chicos, íbamos a la calle. Nuestros papás nos habían dicho que jamás bajáramos de la vereda o cruzáramos la calle; que pasaban muchos colectivos y autos apurados que no paraban, que no sabíamos el nombre de las calles y nos podríamos perder; que nos acordemos del lío que se armaba en la playa cada vez que se perdía un chico. Éramos obedientes por miedo de todo eso, dábamos vueltas a la manzana del hotel sin atrevernos a bajar a la calle. El primer día ya sabíamos nuestros nombres. Nico, el cordobés, el más inquieto, el que todos seguíamos. Laurita parecía bien traviesa. Marcos era gordo porque le gustaba tomar una chocolatada con churros antes de venir y llegaba más tarde abajo. También estaba Noelia, Lucas y yo, que éramos los más tranquilos del grupo, aunque al juntarnos nos venían ganas de correr y jugar sin parar a “pisa-pisuela”, “la farolera”, “la mancha” o a lo que fuera.

Desde el principio, Nico, Laurita y Marcos empezaron a tener secretos entre ellos. Nosotros tratábamos de meternos en esas odiosas charlas entre oreja y oreja.

El juego de la mancha nos encantaba porque era difícil encontrarnos entre árboles con muchas ramas y hojas que estaban bajitas en las calles. En febrero se ponía fresco y oscuro a esa hora. Nos daba un poco de miedo pero no lo decíamos, era divertido. Sin embargo era todo un alivio cuando algún papá o mamá nos venía a buscar.

Ya entrábamos en la segunda y última semana de vacaciones. Salvo dos días de lluvia, pudimos salir a jugar después de la playa todos los demás. Se ponía un poco frío a esa hora del atardecer y algunas veces se hacía sentir aquel viento odioso. En la escuela nos habían dicho que era propio de la costa marítima de Buenos Aires.

Los papás se habían hecho amigos, hasta la hora de la cena se quedaban en el hall jugando a las cartas, charlando o preparando salidas para cuando



nosotros durmiéramos; algunos iban al Casino, otros decían que no les gustaba perder plata, o que era muy cara la entrada. Los dueños del hotel charlaban con ellos, algunos eran conocidos de temporadas anteriores y parecían más amigos. Los chicos no volvíamos solos de la calle y a veces si los papás se demoraban en buscarnos, seguíamos corriendo y saltando por los alrededores.

El miércoles después de jugar a la mancha, salimos todos de nuestros escondites pero Nico no aparecía. Entonces Laurita y Marcos, que tenían esas odiosas charlas con Nico, nos dijeron a los demás que teníamos que ir a buscarlo ahí donde estaba oscuro con grandes árboles. Los días anteriores, Nico les había dicho que entrasen allí, pero ellos no se habían atrevido. Era un chalet viejo, de esos que se ven en Mar del Plata, con las maderas grisáceas como si le hubieran dado un baño de sal y de vejez, rodeado de espesos follajes, de todo tipo de árboles, con una especie de tranquera también de madera. Estaba en una esquina y se lo veía alejado de la línea de las casas del resto de la cuadra, como si lo rodease algún tipo de parque que mantenía un poco en sombras al chalet.

Nos juntamos: que andá vos sola, que vamos vos y yo, hasta que decidimos ir todos; caminamos rapidito hacia el viejo chalet, íbamos llegando bastante asustados, cuando apareció Nico pálido temblando. No quiso hablar con ninguno de nosotros. Cuando volvimos al hotel, Nico fue donde estaban sus padres y les pidió la llave para subir a la habitación.

El jueves al atardecer solo estaban para jugar conmigo Noelia, Lucas y Mirta. No quisimos salir, nos quedamos en el hall entretenidos con lápices y papeles.

El viernes, último día de nuestras vacaciones, vino Nico, se juntó con nosotros, hablamos un poco, programamos la gran aventura antes de salir



a la calle. Fuimos corriendo al chalet de la esquina y empezamos a buscar por dónde entrar.

Al costado de la calle, no justo en la esquina, se veía el portón de hierro herrumbrado con maderas cruzadas como si fuera una tranquera. Apenas probamos, la destrabamos y entramos a un parque todo sucio, lleno de ramas y hojas secas tiradas por todos lados. No se oían ruidos, ni ladridos, ni voces de gente, así que seguimos caminando. Ninguno de nosotros se atrevió a entrar a ese caserón viejo. Pero seguimos, con Nico adelante, con pasitos cortos por un pasillo de afuera. De golpe, en medio del silencio, oímos un ruido feísimo como de alguien que se quejaba y respiraba muy fuerte. Habíamos llegado a la parte de atrás del chalet. Allí Nico paró de golpe, nosotros que lo seguíamos muertos de miedo, quedamos inmóviles detrás de él mirándonos.

Un viejo horrible de barba rojiza que le llegaba hasta las rodillas, con un hacha entre sus manos cortaba un tronco de árbol. Tanto trabajo le daba cortar ese árbol que ni se dio cuenta de que lo estábamos mirando. El viejo seguía con lo suyo como si nada, en cambio nosotros nos dimos un susto terrible, nos vino frío, empezamos a temblar y salimos corriendo a toda velocidad para volver al hotel.

Cuando nos vieron llegar que casi no podíamos respirar, los papás nos dijeron:

- Descansen un poco, ustedes sí que quieren aprovechar hasta el último día de juegos.

Pasaron otros años de vacaciones, los chicos no les contaron a sus padres lo que había pasado, yo tampoco, pero pedimos cambiar de hotel. Los que volvieron al mismo hotel Aladino no sé si se atrevieron a pasar por esa es-



quina del chalet con el viejo. Yo pedía cruzar la calle para no pasar por esa esquina y si pasaba dentro del auto miraba con curiosidad y sentía terror.

Ahora que tengo 13 años sigo yendo a Mar del Plata de vacaciones. La ciudad está cambiada. Sigue habiendo mucha gente por la playa, el casino y los teatros. El hotel Aladino no existe más, en su lugar hay una torre de departamentos. Pasé por el viejo chalet pero estaba todo rodeado de maderas, pregunté a los vecinos:

- Se incendió hace dos meses. Los bomberos no pudieron rescatar con vida al casero.

Silvia Rudoy



Herencia de un mandato

Domingo, pasadas las catorce horas. Almuerzo con pastas, como casi todas las semanas. Luego, una breve sobremesa, un café con masas secas, algunos comentarios sobre temas banales, y a levantar la mesa. Antes de retirarse hacia su dormitorio para estudiar, su padre se para frente a él, y casi en forma imperativa le dice: “Cambiate y llevalo a pasear”. Al principio, él se niega y recurre como excusa a la necesidad imperiosa de estudiar: “Papá, tengo prueba escrita mañana”. Entonces, el padre acerca su cara a la de su hijo, y con esa mirada penetrante e intimidante, en voz baja pero con un tono duro, le repite: “Cambiate y llevalo de paseo; es la única obligación que tenés”.

Esta situación, que se reitera todos los domingos, la retrotrae a su adolescencia. La historia vuelve a repetirse pero con otro protagonista, o mejor dicho, con otra víctima. En su viaje al pasado, Encarnación revive las tardes de los fines de semana, cuando sus padres, por ser la menor de la familia, la obligaban a jugar con él y a llevarlo a pasear, mientras sus hermanos mayores disfrutaban esos días reuniéndose con sus amigos.

Los años van pasando y como la flor que con el tiempo se marchita, su cuerpo y su corazón, corren la misma suerte. Ahora, con más de cuarenta años, ve pasar la vida y se da cuenta de que ha perdido hasta el deseo de detener el tiempo. Total, ¿para qué? Solo le queda refugiarse en la lectura de alguna novela romántica y soñar que se funde en sus páginas, dándole vida a la damita joven que espera ansiosa, sentada en el jardín de su casa, la visita del galán que la corteja. Cuando abandona la lectura, y se desprende con dolor de la ficción retornando a la dura realidad, vuelve a ser testigo pasivo de cómo su sobrino repite la triste historia que muchos años antes le tocó vivir, sin fuerzas para oponerse al mandato que heredó de ella.

Domingo Santucho



De paseo

Después del almuerzo, Luis hubiera querido quedarse en su cuarto leyendo, pero su madre y yo fuimos casi en seguida, a decirle que lo llevara de paseo.

El cuarto estaba en penumbras. Él, sentado frente a un libro, dijo que no inmediatamente, que lo llevara otro y que lo dejáramos estudiar. Durante unos segundos nos quedamos en silencio impávidos. Íbamos a decirle otras cosas, pero cuando ambos lo miramos con firmeza, reforzando sin palabras lo que sabía que estábamos pensando, pareció comprender y accedió.

Cuando salió con desgano de su cuarto eran las dos. Había llovido más temprano, era una tarde gris, y sus zapatos nuevos parecían más amarillos que nunca. Mi hermana Encarnación, le dio algo de dinero para consolarlo. Todos sabíamos lo mal que lo pasaba cuando salía con él, y lo traumática que había resultado para todos esa cosa horrible con el gato de los Álvarez, aquella vez que lo obligamos a pasearlo por la vereda.

Fue a buscarlo al cuarto del fondo, donde siempre le gusta meterse a la tarde, y con aspecto algo desaliñado, como si hubieran forcejeado, pasaron por el patio y juntos salieron a la calle.

Su madre y yo nos sentamos a jugar a las damas en la sala, para simular que era una tarde de domingo cualquiera y que todo lo que estaba pasando era muy normal, pero sobre todo, para tener otra cosa en qué pensar.

Podría parecer injusto que le pidiéramos que lo llevara de paseo, pero ya no se trataba de justicia: el pelo gris sobre la frente nos delataba. Ya no podíamos dejar de imaginar cómo sería cuando no estuviéramos aquí... y entonces había llegado el momento del ensayo general, ya no se podía



dilatar. Salir juntos al centro en un domingo de lluvia, pisando charcos y viajando en tranvía para llegar a Plaza de Mayo sería un camino de obstáculos y aprendizaje. Luis tendría que aprender a guiarlo y a entenderlo en silencio, tendría que ser capaz de conocer sus tiempos, de cuidarlo y quererlo. Luis tendría que poder soportar ser mirado y señalado. Debía aprender a anticipar y a amortiguar sus caprichos, y también los golpes bajos que recibiría, sin dudar. Pero por sobre todo, Luis tendría que aprender a contener ese impulso irrefrenable de salir corriendo, que tuvimos todos, y disfrutar de sentarse a comer maníes con él, en un banco al sol, en la plaza, para después volver juntos a casa...

Dina Soriano



Sola, a oscuras

Mi madre era una persona muy positiva, hiperactiva. Rara vez la he visto triste y si estaba cansada, lo disimulaba. No era de mucho hablar, opinaba de vez en cuando y ahora me doy cuenta de lo sabia que era, a pesar de sus pocas palabras...

Mi padre, en cambio, era diferente, muy sereno, reflexivo. Poco activo en casa, claro, mi madre hacia todos los quehaceres sin pedir demasiada ayuda, menos “al padre” Era de hablar más, de contar historias, sucesos ocurridos en el día que generalmente terminaban con algún tipo de conclusión y enseñanza. Recuerdo sus largas charlas, sobre todo en vacaciones, reunía de manera espontánea a sus tres hijos que lo escuchábamos fascinados, nos hacía viajar al campo, viajar en el tiempo.... Nos contaba sobre su numerosa familia inmigrante. Sus abuelos paternos fueron figuras muy importantes para él, ambos eran inmigrantes venidos de Europa. Su abuela era italiana, había nacido en el barco viniendo a Buenos Aires, cuentan que era tan pequeña que la acostaban en una caja de zapatos. El abuelo era español, de Galicia, un verdadero romántico que le escribía cartas a su novia y prometida usando un pseudónimo. Recién cuando los abuelos murieron, sus hijos y algunos nietos pudieron leer todas las cartas, eran un verdadero tesoro familiar que todos querían conservar; es así que se generó un problema entre los hijos cuando los abuelos fallecieron y hubo que sortearlas para definir quiénes iban a ser los poseedores.

Papá nos contaba historias sobre “La Finca” donde pasó toda su infancia, quedaba a menos de 100 Km de la ciudad de Salta. Allí las reuniones de los domingos eran una fiesta, con la asistencia de tíos, tíos abuelos, y un montón de primos. Los juegos de los niños y jóvenes donde mi padre estaba incluido eran verdaderas aventuras. La doma de caballos era para los más osados y entrenados, los varones concursaban entre ellos para ver quién



era el mejor. También pasaban horas juntando y comiendo tunas, higos y nueces. Eran largos y maravillosos domingos.

Mi padre fumaba habanos, sobre todo cuando nos contaba sus historias, parecía que el olor lo inspiraba; también lograba un efecto de ensoñación en nosotros cuando lo escuchábamos. Ese olor impregnaba toda la casa, incluso parecía concentrarse en el balcón. Mi madre observaba, nos miraba y por momentos escuchaba atenta parte de la historia. Siempre tenía alguna actividad pendiente, pero creo que se alegraba de vernos atentos, compenetrados y felices.

Mis padres partieron hace algunos años. Entrar a la casa familiar me hace revivir momentos felices; recuerdo imágenes y creo sentir los olores de antaño. Una sensación de plenitud y paz que logra calmar cualquier dolor. Parece absurdo, pero a oscuras y con ese olor tengo la certeza de que nada nos separa...

Susana Tanco



El querido doctor y sus dioses

Solía estar en paz, dedicado enteramente a la música, salvo cuando pensaba en su único problema. Ese pequeño “inconveniente”, sufrido años atrás, lo había alejado del querido consultorio y de sus pacientes. Recordaba perfectamente todo lo sucedido con su instrumento de trabajo, esa maldita tarde, pero no sabía cómo solucionarlo, ya que no tenía el tan deseado poder de volver el tiempo atrás.

Había pensado en pisotearlo, aplastarlo e incluso regalarlo, pero a decir verdad no se quería separar de él. Hacía mucho tiempo que había desafiado a los dioses, una eternidad para él, y aunque les había suplicado y hasta vociferado pidiendo deshacer su deseo, nada ocurría, todo seguía exactamente igual.

Lo más difícil de la situación, pensaba obsesionado, era no poder compartir lo que le pasaba y tanto le pesaba. ¿Quién le iba a creer? ¿Cómo lo iba a explicar? Imaginaba la reacción de sus colegas cuando lo escucharan. Estaba seguro de que desviarían la mirada buscando de reojo alguna complicidad, y él sentiría ese malestar justo en el mismísimo estómago, igual que si le dieran una trompada. Sabía muy bien cómo eran los hombres de ciencia... Los prestigiosos galenos creerían que había perdido la cordura y nadie más confiaría en él. O lo que podía convertirse en su mayor deshonra: la posibilidad de que ningún paciente pidiera una nueva cita, quedando su recinto desierto.

Al doctor le gustaba mucho su trabajo, su vocación lo había salvado del sin sentido de la vida, tanto que su consultorio era un ámbito sagrado donde la ciencia y él cobraban vida. Sus pacientes lo querían y lo respetaban aguardando lo que fuera para ser atendidos. El ‘boca en boca’ era su mayor fortaleza y este podría convertirse en su propio verdugo.



Cristina, su asistente desde la juventud, aun habiendo llegado a la edad jubilatoria, no abandonaba a su “querido doctor”. A decir verdad, no perdía la esperanza de casarse con él. Ella, cada tarde, preparaba el consultorio y ordenaba las historias clínicas en el cubículo de lata que podía encontrarse perfectamente en un anticuario. La tarea que más disfrutaba era colgar el delantal de impecable blanco, imagen que la hacía rebosar de orgullo y amor. Por supuesto estaba al tanto de la vida de todos los que se asomaban al sagrado lugar, sobre todo de las pacientes solteras. Lo único que el doctor no le dejaba tocar a Cristina era su sofisticado estetoscopio, regalo de su padre el día de su primer cumpleaños como médico.

El doctor siempre le contaba a Cristina su gran sorpresa cuando lo había usado por primera vez. Aún recordaba cómo se escuchaban los sonidos amplificados al presionarlo sobre el corazón, sonriendo como si hubiese entrado a una sala de grabación, más feliz que un niño con su juguete preferido.

Luego de cada revisión, lo colocaba alrededor de su cuello o en su bolsillo, rara vez lo dejaba en su escritorio. Era de él y las cosas propias no se dejan apoyadas ni tiradas.

Muchos fueron los sonidos que llegaron a sus oídos y aun siendo ya un hombre entrado en años, seguía sorprendiéndose de que el cuerpo hablara tanto. Habían sido momentos de intimidad con sus enfermos que no quería perder.

Una tarde de agosto, la tormenta de Santa Rosa inundó todo Adrogué. Árboles caídos, barro y agua lo aislaron de todo y de todos. Aburrido, entre mate y mate, solo en el consultorio y casi como un juego, desafió a los dioses. Sostuvo su estetoscopio entre sus dos manos y mirándolo fijo a la pequeña cara redonda le dijo: quiero escuchar más. Por favor, no dejes que la sordera me invada. Casi sin darse cuenta se hizo de noche y se quedó profundamente dormido sobre el escritorio.



Luego de ese nefasto agosto nada volvió a ser igual. Aún recuerda cuando recibió a la señora Nilda, a quien había atendido toda su vida por Asma. Mientras se descubría el torso, el instrumento atorrante se le pegó al pecho entrando hasta el mismísimo corazón de la señora. Menuda sorpresa se llevó cuando lo vio teñido de rojo ensuciándose con la sangre y entrando directo al músculo cardiaco.

Preparado a una reanimación cardiopulmonar, con su piel erizada, clavó la vista en la señora quien con una mueca de sonrisa y en silencio aguardaba las instrucciones de su doctor. Tardó largos minutos en darse cuenta de que la señora no se había percatado de lo sucedido, entonces aún desconcertado se dispuso a escuchar. Así fue como de repente empezó a sonar, “Te amaré siempre” canción del mismísimo Silvio Rodríguez:

“Te amaré, te amaré como al mundo...

Te amaré aunque tenga final...

Te amaré, te amaré en lo profundo ,la la la...

- ¡Dios mío! exclamó. La señora se asustó y casi pálida le preguntó: ¿qué pasa doctor: estoy muy mal?

El doctor, desenfocado y sudoroso le preguntó :

- ¿Usted escucha algo ?

- No doctor, respondió categóricamente. ¿Tendría que escuchar algo ?

El doctor decidió no continuar con el interrogatorio antes de que su paciente se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Nuevamente se concentró en la revisión y ahora la banda de rock Rata Blanca sonaba con su hit Mujer amante:



“Siento el calor de toda tu piel

En mi cuerpo otra vez...

Estrella fugaz, enciende mi sed

Misteriosa mujer...” la, la la...

Tuvo que sentarse y pálido, casi despatarrado sobre la silla, escuchó a lo lejos el pedido de auxilio desesperado de la señora Nilda. La ambulancia no tardó en llegar, todos corrieron y el doctor miró perdido el horizonte. Se supo que estuvo en el hospital varios días. Lo asistieron sus prestigiosos compañeros. El diagnóstico que le dieron a Cristina fue: “el doctor tuvo un patatús”, pero nunca se recuperó de ese fatídico momento.

Aún descansa en su casa y ya no usa el combinado para escuchar sus canciones preferidas. Sostiene sobre sus manos el estetoscopio y le grita en voz bien alta la canción que quiere escuchar y así, sin más, comienza la pachanga.

Paula Tejada



La simbiosis del cangrejo

Después de varios intentos malogrados, acordé una cita para el viernes siguiente. Por tratarse de una paciente nueva, despejé esa tarde para poder dedicarle el tiempo suficiente. La señora padecía un cáncer de mama avanzado y yo hacía unos meses trabajaba como médica en un equipo de cuidados paliativos domiciliarios.

Luisa vivía con su marido y su única hija en el barrio de Saavedra. Aquel viernes caluroso me presenté en su domicilio en el horario acordado y toqué el timbre. Del portero eléctrico, como un chispazo, se escuchó la voz acelerada y estridente de una mujer que, al identificarme, me anticipó con ansiedad que me abrirían enseguida. Mientras esperaba en la puerta, llamó mi atención el abandono que mostraba la casa; sus ventanas y persianas completamente cerradas, como si nadie se hubiera atrevido a abrirlas durante años, lo que me hizo pensar en un encierro lúgubre del otro lado, además del cáncer.

Finalmente me atendió Gregorio, el marido, con una solemnidad notable, cubierto con un guardapolvo gris muy gastado. Ingresamos a un patio y lo seguí por un largo pasillo. En el trayecto hacia la casa me señaló un enorme taller atiborrado de herramientas colgantes, donde trabajaba y dormía habitualmente, en una construcción apartada de la casa.

A través del vidrio amarillento de la puerta, reconocí aquella voz eléctrica y logré ver la silueta de una persona de muy baja estatura, quien maniobró con dificultad detrás de la puerta, retrasando unos segundos más el encuentro. Me recibió una mujer joven, de unos 45 años de edad, vestida como una niña antigua, con unas bermudas hasta la rodilla, tres camisas viejas de distintos colores, una encima de la otra, unos mocasines viejos, pero bien lustrados, medias tres cuartos, un delantal de cocina y el pelo



recogido con un rodete. Su mano izquierda, con la que había accionado el picaporte, se encontraba cubierta con una bolsa de polietileno. En la cocina detrás suyo, alcancé a ver otros tantos ejemplares plásticos sobre la mesa. Cuando me presenté y quise saludarla, el espanto la alejó abruptamente unos dos metros y se disculpó con respeto, explicando que les tenía fobia a los médicos, y que prefería saludarme a distancia. Buscando mi validación, hizo una breve referencia acerca del retraso que le generaban las medidas para protegerse de los gérmenes y me invitó a pasar por otro pasillo, siempre manteniendo conmigo, una distancia prudencial, hasta que llegamos a la puerta de la habitación de su madre. Al ingresar y saludar a mi paciente, noté que su hija había detenido sus pasos repentinamente justo antes de una línea neta que dividía las baldosas moradas del pasillo, del piso de pinotea donde ahora nos encontrábamos su madre y yo.

Desde su cama, Luisa me saludó con aparente simpatía, acomodándose su camisión celeste y su pelo gris revuelto. Su hija permaneció inmóvil detrás de aquella línea recta, mientras dábamos comienzo a la entrevista, y luego de unos instantes desapareció por el pasillo murmurando algo que no alcancé a comprender. Las persianas y ventanas cerradas en el otro extremo de la habitación, la luz tenue, la humedad, el olor a encierro, y un calor que ya resultaba agobiante confirmaron mis sospechas desde afuera de la casa.

La información que obtuve de nuestra primera conversación y una rápida inspección general me llevaron a la conclusión de que mi paciente yacía en cama a pesar de no presentar ningún impedimento físico para incorporarse o movilizarse. Su hija la aseaba diariamente, le cocinaba, atendía todos sus requerimientos y cambiaba sus pañales, a pesar de que Luisa controlaba perfectamente sus esfínteres. En mis visitas ulteriores ya no me sorprendió saber que ambas dormían juntas en la misma cama matrimonial. Estaba ante una relación de simbiosis patológica madre-hija que hasta



entonces había sido sólo el capítulo de algún libro de psicología en la facultad. Si bien desconocía la historia familiar y vincular completa, supe tempranamente que mis potenciales intervenciones como médica resultarían inútiles y ridículas, ya que Luisa parecía haber encontrado en el cáncer una oportunidad para prolongar el embarazo más allá del útero, posiblemente hasta su muerte. Mientras su hija se defendía excesivamente de los gérmenes, su madre parasitaba su mente para siempre. Por otro lado, resultaba evidente que Gregorio, así como ahora en su taller, se había mantenido a cierta distancia de ese vínculo enfermizo entre madre e hija; y esta actitud con la que quizá intentó resguardarse, paradójicamente había contribuido a profundizar aún más aquella simbiosis, anulando cualquier posibilidad de intervención que pudiera separarlas.

Luego de unos meses de seguimiento, una mañana Luisa presentó un cuadro de confusión mental. Con sospecha de un trastorno del metabolismo del calcio, frecuente en pacientes con cáncer, recomendé una evaluación en el hospital. Su marido la acompañó en la ambulancia, y una vez confirmado el diagnóstico, permaneció internada para su tratamiento. En una lucha imposible entre el amor por su madre y una fobia profunda a los médicos y a los hospitales, su hija no lograba decidirse para ir a visitarla. Finalmente, Luisa complicó su situación con una neumonía y la tardanza obsesiva le impidió a su hija llegar a tiempo al hospital.

En mi última conversación telefónica con Gregorio hubo suspiros y silencios que aprendí a tolerar. Me expresó con desolación su preocupación por su hija, y buscaba desesperado alguna respuesta: ¿cómo iba a vivir sin su madre “esta chica con tantos problemas”? ¿Cómo iba a manejarse con ella en la casa sin Luisa? ¿Qué iba a ocurrir si a él “le pasaba algo malo” en un futuro incierto? Comprendí que mi rol en ese momento no era improvisar respuestas inútiles e imposibles, sino escuchar, acompañar y compartir esa incertidumbre del otro lado del teléfono. Antes de



despedirnos, le recordé mi disponibilidad para ambos, y corté con gran pesadumbre. Respiré hondo unos segundos y me dispuse a llamar a Norberto, un paciente recientemente asignado, para verlo al día siguiente. ¿Qué otra historia me esperaba?

Verónica Torres



Una noche

Se levantó a mitad de la noche
con mucha sed
sin darse cuenta
se había dormido
con la boca abierta.
La garganta seca y ardiente.
¡Tantas cosas tuvo que
tragar ese día!
De esas que lastiman y desgarran,
imposibles de modificar.
Discusiones que
lo ahogaron por dentro.

Abrió la puerta.
El jazmín del porche
derrochaba pimpollos.
Inhaló el aire frío con fuerza
¿Estaba despierto
o era una pesadilla?
Mojó su cabeza en la canilla
de la cocina.
Una estrella
iluminó su mente.
Reconoció su casa,
el lugar
donde había nacido.

Blanca Elena Vacas



Mi jefa

Era un día como tantos otros, salió de su oficina, hizo un paneo por todo el sector y luego apuntó su vista hacia nuestra área. Rogué que no fuera para mí, no quise mirar, pero rápidamente me di cuenta de lo inevitable: el destinatario era yo. Con mucha educación y hablando en forma pausada me comunicó que, cuando me desocupase, quería hablar conmigo.

Traté de simular que estaba compenetrado en el expediente que ocupaba mi escritorio, pero en ningún momento dejé de pensar en ella. Repasé en mi mente los últimos trabajos que me había encargado y no pude encontrar ningún error grosero a mi cargo.

Algunos de mis compañeros me miraron, pero ninguno se acercó. Cuando iba caminando hacia su despacho, una de mis compañeras, Sandra, balbuceó por lo bajo “¡Ojo, nene!, que puede estar alzada”. Ella la conocía desde el principio.

Cuando me propuso encargarme de la sección no supe qué contestarle. Por supuesto que me interesaba, pero no estaba seguro de estar capacitado. Le pedí que me dejara pensarlo un par de días. Siguió explayándose acerca de los alcances del trabajo: cada minuto que pasaba me lo hacía más fácil; como si le interesara sobremanera que lo aceptara. Preguntó si yo no había previsto que, tarde o temprano, tendría que asumir una jefatura, y le contesté que no lo había pensado.

Se puso de pie, no parecía contrariada, clavó su mirada en mis ojos y me dijo, con voz suave y firme, “pensalo, mañana quiero una respuesta”. Me levanté y salí de su oficina. Estaba contento porque no había sido una reprimenda, pero tenía que evaluar bien qué era lo que me convenía hacer. Entre los nervios propios y las miradas de mis compañeros, mi cabeza estaba por estallar. Sandra no perdió la oportunidad y preguntó, en voz baja: “¿ya te captó, nene?”. Mantuve silencio.



Habrían pasado veinte minutos y me di cuenta de que era viernes. Me había pedido una respuesta para mañana. Pensando que se había equivocado, me apersoné y le recordé que al día siguiente era sábado. Me dijo que ya lo sabía, que iba a venir solamente para escuchar mi respuesta, alrededor de las diez. Entre confundido y extrañado retorné a mi escritorio.

A la noche avisé a mis amigos que no iba a estar en el partido de los sábados, les dije que tenía que trabajar; pocos me creyeron. A las diez menos cuarto aparecí en la oficina, ella ya había llegado. Cuando me vio, alzó las manos para saludarme. No pude menos que acercarme a su despacho. Estaba vestida como para una salida, producida de lo mejor, super arreglada y con el pelo recogido. Me sorprendí gratamente, pero por respeto, no expresé nada.

Se sabía seductora y usó la experiencia; se sentó en una banqueta y la pollera corta me permitió observar las hermosas piernas. Susurró con dulzura un: “¿Y? agregando ¿vamos a trabajar juntos?”

Cuando le contesté que pensaba seguir en mi puesto hasta que me capacitara un poco más, me preguntó: “¿Es tu decisión definitiva?” Mi actitud fue de asentimiento, pero la suya fue de un marcado desprecio. Se sentó en su sillón y con gesto adusto profirió un “entonces... no hay nada más que hablar”. El silencio llenó su despacho y la expresión de su cara mostró una especial decepción. La reunión finalizó con un frío saludo.

Desde ese momento la situación se tornó insoportable: su indiferencia me destruía a medida que transcurrían los días. Me di cuenta de que mi mejor camino era la renuncia. Y así fue. El último día la fui a saludar, no me recibió, argumentó estar muy ocupada.

Eduardo Valenti



Purgatorio

La primera vez que el GPS la guió mal, la punta de la flecha le indicaba que el camino señalaba al frente y ella caminó, atenta al tránsito de la avenida, dos cuadras antes de darse cuenta de que la numeración subía en vez de bajar y al chequear de nuevo el teléfono, había tenido que desandar camino. Pensó que era un problema suyo, que no entendía las indicaciones, entonces empezó a mirarlas antes de salir de casa, memorizarlas, sacar capturas de pantalla para asegurarse viajar y llegar, incluso si no tuviera señal.

Les comentó a sus padres, que siempre que viajaba con el GPS todo parecía complicársele. Los papás creían que era porque no se orientaba bien en la calle, desde chiquita nunca había prestado atención a los caminos, y ahora que se manejaba sola, la cosa se le complicaba. Le recordaron riendo los tiempos sin celulares, cuando se viajaba con una guía de bolsillo que tenía toda la información necesaria. O se le preguntaba a la gente en la calle, a los empleados de los negocios, a los del puesto de diarios ... Y yendo en auto, solía pararse a preguntar a algún vecino por tal o cuál calle o por la manera de salir a la ruta ... A ella eso le parecía un disparate. Hablar con desconocidos, confiar en lo que un cualquiera nos dice para tomar decisiones... Le aborrecía hablar con extraños. No. Mil veces prefería chequear el teléfono y listo. Y si no llegaba a destino alguna vez, debía ser porque era medio boba para leer los planos de los caminos. Otra habilidad perdida en la era de la tecnología.

Si algo fallaba en sus viajes, ella simplemente creía que había cometido algún error en la forma de entender el programa que la guiaba. Los eventos curiosos en sus viajes ocurrían cada vez que usaba la aplicación. Ella se reía y comentaba: “-parece que mi GPS estuviera seteado para que yo no llegue a tiempo a ningún lado”. Reía, pero internamente le era imposible pensar que el GPS fallara. Ella sabía que el problema debía ser suyo.



Una tarde de muchísimo frío, yendo a la facultad para una cursada, tomó el subte como tantas otras. A pesar de saber de memoria el recorrido (era uno de los pocos que se había aprendido por cansancio), puso la aplicación de Maps como por hábito. Escuchando música despreocupadamente mientras miraba por las ventanillas hacia afuera, la voz le indicó que bajara en la siguiente estación, una que no era la de la Facultad. Asumió inmediatamente que sería porque la suya estaba cerrada por reparaciones. Así que obedeció. No se orientaba ni en el baño de su casa, así que no iba a ponerse creativa a la hora viajar. A pesar de haber bastante gente en el vagón, le llamó la atención que nadie bajara con ella. En Pueyrredón, según las indicaciones que recibía, debía tomar la línea H, y así lo hizo. Un par de estaciones después, una mujer embarazada subió y le pidió su asiento con una sonrisa, tocándose la panza. Ella no reaccionó, porque solo escuchaba sus audífonos. Le llamaba la atención no haber llegado ya a destino, pero imaginó que debía estar equivocada, que faltaría más recorrido... Ni siquiera levantó la mirada hacía lo que fuera ocurría, la mujer, indignada, se movió más adelante, donde un señor le cedió su lugar. Ella no reparó en la escena a su alrededor. Tampoco le llamó la atención cuando la voz en off que entraba en su cerebro le indicó ahora bajar en la estación Corrientes, era evidente que ella no recordaba bien el camino, porque tampoco recordaba esa estación. Caminar hasta cruzarse con la estación Pueyrredón de la línea B, y volver hasta Leandro N Alem. En ese recorrido en el que decidió dejar de intuir el camino, ya que probablemente estaba equivocada otra vez, un chico que pasaba vendiendo marcadores y pañuelos, le apoyó las cosas en el regazo. Se cayeron al piso en una sacudida del trayecto. Cuando el pibe volvió a pasar, no encontró sus cosas y le reclamó que se las devolviera o pagara, creyéndola una oportunista. La gente la miraba indignada, el vendedor le gritaba enojado. Ella tenía la mirada fija en su pantalla, con la cabeza un poco inclinada hacia abajo, con los auriculares, aislada del mundo. Ni los versos ni los gritos, ni la mirada hostil del entorno la hicieron percatarse de nada. No parecía alterarla, ni siquiera



contestó. Un señor le dijo al vendedor: -“dejá pibe, no tiene sentido”. Y el chico se retiró, insultándola por lo bajo. Desde allí, la línea E hasta Bolívar, combinar con línea A, seguir hasta Avenida de Mayo. Seguía comandos como una autómatas mirando el dispositivo. Tenía sed, pero el aparato no le permitía mirar arriba, así que no sabía si había algún kiosco para comprar algo de beber. Habría que esperar. También tenía ganas de ir al baño, pero aguantó sin cesar porque el GPS no señalaba baños. Habría que seguir esperando. Solo caminatas, viajes, trasbordos. Pasaron así varias horas, y ella posesa, caminaba obedeciendo mecánicamente las indicaciones de la voz artificial. Siguió andando y pasando puertas automáticas de ida y de vuelta, de subida y de bajada, montando escaleras mecánicas a través de la red subterránea, trazando caracoles descendentes para luego emerger en otra estación, sin asomarse a la luz del día, sin respirar aire fresco, como si no lo necesitara. Sin prestar atención a los cambios de colores de las líneas, siguiendo directivas como una máquina. No notó que empezaba a hacerse tarde y los vagones a atestarse de gente y olores de hora pico. Llegó hasta Constitución, retornó, recorrió entera la línea A hasta el final (¿o principio?). Le dolían los pies y tenía la boca seca. Tenía una sensación parecida a dolor en la boca del estómago... Aunque registraba su cuerpo, no hacía nada por aliviar esas percepciones, sólo atendía el recorrido indicado, chocando gente que se le cruzaba, manteniendo el teléfono delante suyo, como si su cerebro ya no diera impulsos. El dispositivo pensaba y decidía por ella. Ella ponía los pies.

Casi seis horas después de empezar su viaje, se quedó sin batería. Entró en pánico, se sentó en el piso de la estación y comenzó a llorar, ansiosamente, con espasmos. Mirando el teléfono como si portara malas noticias, se tironeaba los pelos, hablaba sola. Bruscamente, mientras la gente la observaba, se levantó en un solo movimiento y caminó hacia el borde del andén, hasta sacar un pie sobre el vacío de los rieles, sin parecer dispuesta a detenerse, con el teléfono frente a sus ojos... Un joven de lentes que pasa-



ba, se le acercó apurando el paso y le preguntó si estaba bien, si necesitaba algo, mientras la tiraba hacia atrás de la campera, alejándola de una caída inminente. Tenía lágrimas en los ojos y la mirada esquiva, estaba temblorosa. Le mostró su teléfono apoyado sobre la palma de la mano. Señalando el pequeño espejo negro, en tono desesperado, monocorde, le dijo: “-Me quedé sin batería, no sé qué hacer, estoy perdida”.

Cecilia Vanzetti



Lo necesario

Hay una oscuridad esencial en esta calle, indispensable para el recuerdo. Parece infantil necesitar la oscuridad para el recuerdo, pero no lo es. Por las grandes avenidas, o aun en las callecitas menores, están los comercios a cada lado de las veredas, iluminadas con sus luces, sobre todo en aquellas donde, además, los olores surgen de los locales de comida e inundan nuestro olfato. Por esos lugares camino yo. ¡Y pretendo alejar el recuerdo! Tal vez lo consiga. En alguna de ellas, el pasado me invade con mucha fuerza. Pero en las calles oscuras y silenciosas, el pasado me atormenta y es cuando además pienso en las cosas que hicimos mal. Sobre todo, en aquellas en que me equivoqué, y no puedo eludir mis responsabilidades. Fue ese fervor de mi pasión por el trabajo que ocupaba la mayor parte de mi tiempo fuera de nuestra casa y aún me llevaba muchas veces fuera del país. ¡Mi éxito laboral! Pienso en momentos que pudieron ser preciosos, si nos hubiéramos sentado uno cerca del otro, en el silencio de la tarde, vos leyendo los cuentos de Borges o la colección de policiales del Séptimo Círculo que tanto te apasionaban mientras yo, tal vez, leía los cuentos de Cortazar o de Silvina Ocampo, que seguramente merecían más de mi tiempo y mis espacios.

Camino por esta calle y su oscuridad facilita mi introspección. De pronto siento como un fuego en mi pecho: algo que me dice que no todo está perdido, que el amor aún está en mi corazón y es capaz de alejar los fantasmas que pretenden rodearnos, que amenazan con separarnos.

Ahora lo sé: juntos los alejaremos y haremos todo lo necesario para seguir unidos. Llego a la Avenida y las luces encendidas iluminan las calles. ¡Cuanta luz!

Luisa Zapivilevich

Otro año más en el que presentamos con mucha alegría la antología resultado de lo que el Grupo de Médicos Escritores produce durante el transcurso del taller de escritura. Este año volvimos a la presencialidad, pero también mantuvimos la modalidad virtual. Dos grupos inquietos e interesados produjeron estos bellos textos que compartimos con ustedes.

El entusiasmo por la escritura y la lectura, marcaron esta actividad, que se conforma en un espacio de ayuda, sostén y desahogo para enfrentar una realidad compleja como un paréntesis para transformar en algo bello, el dolor, el trauma, las situaciones difíciles.

Esperamos que disfruten la lectura



Asociación de Médicos Municipales de la Ciudad de Buenos Aires

📍 Junín 1440, CABA. CP: 1113. Tel. 011 4806-1011

✉ comunicacion@medicos-municipales.org.ar

🌐 www.medmun.org.ar | 📱 @amm_caba | 📘 @AMMCBA